

N.º 4

25 cts

Los tiempos cambian

por WILLIAM RUSSELL



BIBLIOTECA EMOCIÓN

PUBLICACION SEMANAL

FLOOD, James

BIBLIOTECA EMOCIÓN

LOS TIEMPOS CAMBIAN

(TIMES HAVE CHANGED, 1923)

Versión novelesca de la película de igual
título, interpretada por el célebre artista

WILLIAM RUSSELL

POR CLAUDIO RIVEL



Exclusiva : HISPANO FOXFILM, S. A. E.
Calle de Valencia, núm. 280 : BARCELONA



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PARÍS, 204 : BARCELONA



LOS TIEMPOS CAMBIAN...

I

Había sido, por fin, sofocado el gran incendio de la guerra mundial. No retumbaba el cañón atronando el espacio, asolando, barriendo vidas; no volaban, surcando el éter, infernales máquinas de destrucción; no sembraban la muerte en los mares los monstruos invisibles que acechaban sumergidos en las inquietas y enrojecidas aguas; no se despedazaban en las trincheras los hombres...

¡La guerra había terminado!

Todos los pueblos esperaban con viva ansiedad a sus héroes, pues heroicamente habían peleado en los campos de batalla sus hijos; siendo en los Estados Unidos donde acaso mayor expectación produjo el sólo anuncio de que retornaba, vencedora, a su amada tierra, la flor de su juventud.

Aquel pueblo fuerte, sano, vigoroso, había creído un deber intervenir en la terrible contienda, contribuyendo a acelerar el término de una lucha espantosa que conmovió al mundo hasta en sus cimientos, y, cumplida su misión, se estremecía de júbilo

ante la próxima llegada de los bravos soldados que tan alto habían puesto el honor patrio.

¡Cuántos corazones palpitaban henchidos de orgullo! ¡Cuántos brazos esperaban el anhelado instante de aprisionar a seres queridos! ¡Cuántas imaginaciones juveniles se poblaban de ilusión y de ensueños azules, confiando que entre los repatriados llegaría el prometido, el futuro esposo!

Hay una edad en que se espera algo o a alguien. Es la edad en que se ve el cielo siempre límpido, fulgente el sol, ataviado el campo con las galas primaverales; la edad rosada y dorada de la doncella con sed de amar; la edad dichosa en que se cree en todo, hasta en las más bellas mentiras...

Y miss Marjonie Redman, como muchas jóvenes, aguardaba el retorno del héroe, de su héroe... Aquel capitán Mark O'Rell, que a través del espacio le enviaba los latidos de su corazón, en cartas apasionadas, de encaldecidos y vehementes párrafos; cartas escritas en los silencios del cañón, que ella besaba con avidez y guardaba cuidadosamente dobladas en su seno...

* * *

Marjonie Redman pertenecía a un afamilia que vivía, como si dijéramos, de sus muertos.

Cuando en épocas remotas llegaron de Europa a América barcos repletos de emi-

grantes, llegó, en uno de ellos, la familia Redman.

Los Redman se establecieron en Wynwood, comenzando esa lucha feroz con la vida para domarla.

Europa estaba vieja; todo, en los pueblos que teníanse por más civilizados, pertenecía a alguien. La propiedad se hallaba bien amojonada. No había, por tanto, esperanza de enriquecer, para el que nada poseía. Era necesario, si se quería salir de la pobreza, pasar el charco, aventurarse en un viaje molesto y penoso, para llegar a la tierra de promisión.

Y los Redman, con la esperanza de labrarse un porvenir, emprendieron el éxodo, confiando en que América sería para ellos como una madre cariñosa.

Y, en efecto, lo fué. Desde los primeros días que pasaron alejados de su patria, los Redman vieron compensados sus esfuerzos. La suerte les favorecía. Especulaban en pequeños negocios, traficaban en cuanto podía proporcionarles pingües ganancias, y, cuando era preciso no dormir para lograr un éxito monetario, pasaban gustosos la noche en vela.

Esta familia se componía de un matrimonio y una sobrina. El cabeza visible de la casa era el caballero Hinton, y su digna compañera la respetable doña Condelia.

El matrimonio llegó a tomar cariño a la

patria adoptiva, si bien la tía Condelia (tía... de su sobrina), miraba con desdén a todas las personas cuyos antepasados no habían llegado, igual que ellos, de Europa y por mar, si en la época en que hallaron tierra americana los pies de los Redman, se pudieran llegar a los Estados Unidos por tren o andando.

Además, los Redman se consideraban como de una raza superior, porque en el tronco de su árbol genealógico figuraban títulos nobiliarios. Ciertamente que la Fortuna fué poco piadosa con ellos en la vieja Europa, cuando abundaban los blasones, y habían sufrido eclipse total las talegas; pero se enorgullecían de descender de familias linajudas.

Su orgullo no podía avenirse con la escasez que por doquier les iba sitiando en el patrio lar; de ahí que, deseosos de brillar nuevamente, de recuperar algo de lo mucho perdido, no vacilaran en desarraigar las raíces que les retenían en la comarca donde vieron la luz primera, buscaran a su ambición más anchos cauces.

De los días de tanteo, de vacilación, de incertidumbre, no se acordaban ya. Sentíanse de nuevo aristócratas, saturados de rancio abolengo, y acariciaban la idea de que su sobrina Marjonie, garrida doncella en la granazón de su mocerío, realizara un matrimonio ventajoso con uno de los in-



Marjonie estrechaba efusivamente la mano a su prometido y se lo comía con los ojos

numerables reyes del carbón, del petróleo o del aluminio.

— Un rey, aunque sea sin corona y sin cetro, pero con trono de oro — decía con frecuencia el caballeroso Hinton, blando de carácter, sin voluntad, que reconocía la superioridad mental de su compañera, la distinguida dama conocida en Wynwood por tía Condelia.

Pero la sobrinita les había salido voluntariosa. Era de las que disponían de las llaves de su corazón, y a nadie que no la hubiera

hecho suspirar con miradas suplicantes, iba a entregárselas.

El feliz mortal que las recibió en sus manos era un mozo audaz, luego aguerrido soldado, que en las trincheras vió colmadas sus aspiraciones, pues llegó, por su heroísmo, a alcanzar el grado de capitán.

Los Redman tuvieron que transigir con los caprichos de la sobrinita prohijada. Aceptaron, más por fuerza que de buen grado, al que regresaba del campo de batalla aureolado por la gloria.

— Después de todo, ¿quién sabe! — decía el buenazo de Hinton; — a lo mejor, Mark O'Rell se calza el generalato.

Así no hay que decir que también los Redman, si no con la ansiedad de Marjonie, esperaban con relativa impaciencia el retorno del que había de ser esposo de su sobrina.

No cometieron la indelicadeza — ¡eso, no! ¡ellos no eran *rastacueros*! — de acudir al muelle más próximo para estrechar la mano del héroe, apenas desembarcado. Querían demostrar al futuro sobrino consorte que la aristocracia en todas las latitudes observaba rigurosamente la etiqueta.

Pero Marjonie, a quien tanto pergamino y tanto blasón — bastante pasaditos de moda, por cierto — la irritaban, hizo tabla rasa del abolengo y de las conveniencias sociales, y fué a recibir a su prometido.

— Me parece poco diplomático — decía Hinton a su muy digna compañera, — entre personas de nuestro linaje, conducirse así, tan a la pata la llana, como hace nuestra sobrina.

— Sí, sí, lo reconozco... Pero, ¿qué le vamos a hacer? Al menos que Mark tenga la precaución de presentarse con el honroso uniforme puesto. Ya sabes que un hombre con uniforme gana en distinción...

Por fortuna, Mark hizo su aparición vestido de héroe, y luciendo en el pecho la cruz del mérito, de que se enorgulleció la familia Redman.

Palmoteó gozosa al verle, Marjonie, y su tía creyó oportuno reconvenirla con suavidad:

— Domínate, locuela. El excesivo entusiasmo es de muy mal gusto entre personas distinguidas.

Pero la muchacha expresaba con risas y atropelladas preguntas, la alegría que desbordábase de su corazón; y estrechaba efusivamente la mano del prometido y se lo comía con los ojos.

Hinton, correcto, como convenía a la seriedad de un tío, dió un apretón de manos al bravo capitán, y así que tuvo ocasión, enjaretó al futuro esposo de su sobrina el discursito que consideró de rigor:

— Esperamos — dijo — que se dará usted cuenta de las responsabilidades que

hacia la honorable familia Redman y sus sacrosantas tradiciones ha adquirido desde el instante, para todos venturoso, en que Marjonie le distinguió con su afecto.

Y añadió por su cuenta la señora Condelia:

— En este caso, nos es gratísimo dar a usted la bienvenida... como miembro de la familia que se enorgullece de llamarse Redman.

Y ahogando un suspiro, díjose para adentros:

— ¡Oh, qué buen mozo y qué guapetón!... Me recuerda a mi primer marido.

II

Impaciente Marjonie por ser la señora Mark, y deseoso éste de gozar las horas felices y hechizadas de la luna de miel, se activaron los preparativos para la ceremonia nupcial, habida cuenta de que Marjonie tenía confeccionado ya su *trousseau*.

— ¡Ay, tía de mi alma! — solía exclamar la satisfechísima novia. — ¡Qué feliz voy a ser con este maridito tan buenol!...

— Sí, creo que es bueno, como dices, pero puede echarse a perder... Por lo tanto, creo muy conveniente que me tengas, después de casada, a tu lado, para aleccionarte y evitar que sufras lo que yo, viviendo muy confiada con mi primer marido, sufrí. Los



A la pedida oficial de mano concurrió lo más escogido de la buena sociedad de Wynwood...

hombres son muy tunos, chiquilla, y si quieres ser dichosa, debes atarlo corto.

A Marjonie le parecían extemporáneas aquellas precauciones. Ella consideraba a Mark incapaz de una deslealtad en cuanto fuera su esposo. ¡Estaba tan enamorado! ¡Y era tan dócil y complaciente en todo!...

Ya, en vísperas de la boda, propuso la precavida tía, a fin de tener en Wynwood el mayor tiempo posible al capitán en situación de reserva:

— Como usted ha sido maestro, haremos

que se le nombre director del colegio, que es un cargo en el que se han distinguido dignísimos miembros de honorables familias.

Y Mark aceptó, desde luego complacido, pues comprendía que no era prudente oponerse a los deseos de tios tan cariñosos, sobre todo para que no desheredaran a su sobrina.

Mark sabía que los Redman poseían grandes riquezas, y no era cosa de exponerse a perderlas, máxime viéndoles tan rumbosos y dispuestos a echar la casa por la ventana, como suele decirse, con motivo del fausto acontecimiento.

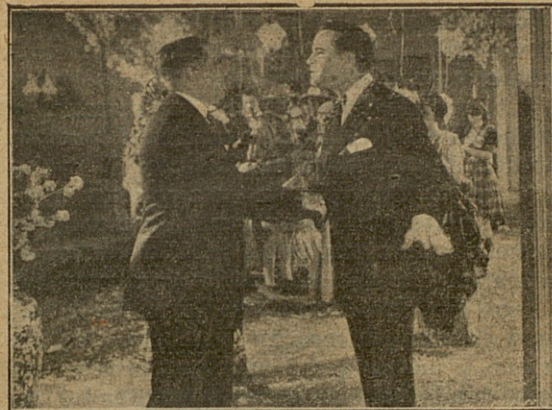
A la pedida oficial de mano, concurrió lo más escogido de la buena sociedad de Wynwood, y doña Cordelia mostró a los invitados, después de obsequiarles con un espléndido *lunch*, los regalos recibidos y el que ella hacía a los prometidos esposos:

— He aquí — dijo exhibiendo una soberbia, aunque antiquísima colcha — mi regalo de boda. Es el legado más precioso de nuestra familia. Diez Redman han exhalado el último suspiro bajo de ella.

¡Oh!, aquella colcha era el orgullo de los descendientes de ilustres próceres. Tenía el valor de una reliquia. Era algo así como la brillante ejecutoria de los Redman.

* * *

Se efectuó con gran pompa el enlace matrimonial. Cuanto significaba algo en Wyn-



Me he de ir en el t en de las diez y media—dijo Mark

wood acudió a la ceremonia de nupcias, y en todos los hogares, durante muchos días, no se habló de otra cosa que de la espléndida demostrada por los Redman, y de lo enamorados que estaban los contrayentes.

Era una pareja feliz, a la que muchos envidiaban.

El venturoso matrimonio se mostraba por doquier sonriente, rebotante de dicha.

Aquella luna de miel carecería de cuarto menguante; sería eterna.

Consagrado el uno al otro, los enamoradísimos esposos, nada, fuera del círculo encantado de sus ilusiones hechas realidad, les interesaba.

Mark, nombrado director del colegio de Wynwood, no vivía sino para su dulce compañía y para la enseñanza.

Y transcurrieron los días, las semanas y los meses con velocidad asombrosa, con esa rapidez de los momentos felices. El ritmo de aquellas dos vidas no era por nada alterado, perturbado. Pareciendo iguales todas las horas, cada una tenía para la venturosa pareja un nuevo e insospechado encanto.

Pero, sin duda, también la dicha tiene, como el mar, su resaca. Y un día, después de año y medio que Mark regentaba el colegio donde enseñó mucho y aprendió no poco, llegó a manos de aquel modelo de maridos una carta tentadora.

Era de uno de sus amigos, residente en una ciudad importante donde la vida nada tenía de monótona.

« Querido Mark : ¡Cuántas diversiones te has perdido desde que cometiste la majadería de casarte! ¿No puedes desarticular un eslabón de la cadena con que te han sujetado y venir a pasar unas horas deliciosas de placer con amigas y amigos de la ciudad? »

Mark, después de leer aquella misiva, experimentó por primera vez, después de su matrimonio, una sensación de vacío.

Sí, era dichoso al lado de su esposa en aquella dulce quietud de Wynwood... pero tenía tantos recuerdos para él la ciudad donde se había criado, donde se asomó a la

vida ya en la adolescencia... La verdad es que hacía mal enterrándose en aquel pueblo dormido, sin distracciones, sin recreos... ¿Por qué no ir, con el pretexto de ver a su familia, a la ciudad, y revivir con sus camaradas de jolgorio las horas de su mocerío tumultuoso?...

Hábilmente expuso a Marjorie, valiéndose de un pretexto que no resistía el menor análisis, la precisión en que se hallaba de trasladarse a la capital, sin que la proyectada escapatoria inspirase ningún recelo a la confiada esposa.

— Mira, vendrá bien — le dijo, dando con ello el beneplácito : — comprarás unas madejas de estambre que me hacen falta, y le traerás a tía Cordelia *El asesinato de la calle de la Morgue*, de Edgar Allan Poe...

Más astuta la de nuevo linajuda dama, deslizo en el oído de Mark :

— ¿Conque... a la ciudad, eh?... ¿A ver a la familia?... A ver si, creyéndote amarrado aquí, echas a perder con una ligereza la paz del hogar...

Pero Mark tranquilizó a la que velaba por la dicha del matrimonio, apelando a la mentira, diciendo que él era el primero en renegar de aquel viaje al que le obligaban perentorias necesidades de la escuela.

¡Ah!, si la tía de Marjorie hubiera sabido que además de aquella carta, que era toda una « invitación al vals », había llegado a

manos de Mark una segunda epístola no menos tentadora ..

En ella le decía su camarada Byron, entre otras cosas :

« ¡Parece mentira que Mark O'Rell, héroe en varias batallas, permanezca por los siglos de los siglos cosido al delantal de su muy amada esposa! »

Este nuevo llamamiento de la ciudad al pueblerino acabó con todos los escrúpulos del hasta entonces feliz esposo. ¡Nada! Era preciso romper un poco la monotonía de su existencia...

Y cuéntase que Mark, por aquellos días, ya no era, ni con mucho, el marido modelo. Así, al menos lo aseveraban el jefe de policía de Wynwood y su cara mitad, que ejercían estrecha vigilancia cerca de todos sus vecinos.

¿Qué significaban aquellas charlas frecuentes y nada breves sostenidas entre el digno profesor y su discípula, la coquetuela Irene Laird?

¿No equivalía aquello a jugar con fuego?

Irenita era una muchacha peligrosa por más de un concepto. Tenía aspiraciones y una fantasía que hubiérale envidiado el más experto forjador de folletines.

Además, recurría a todos los secretos de tocador para hacerse apetecible y hasta codiciable.



...y al ir a detener a los ladrones...

¿Se habría, acaso, enamorado de su maestro?

Ella, con cualquier pretexto pegaba la hebra con Mark.

— ¿Cree usted, señor O'Rell que saldré aprobada en los exámenes?

— ¡Qué duda cabe!

— Es que si *me robotan*, me veré en la necesidad de lavar platos en la fonda de mi tío...

— ¡Bah! Una muchacha tan linda como usted puede ganarse la vida en Wynwood, sin descender a la humillante profesión de «lavaplatos».

— ¿En Wynwood dice?... ¡Si yo le dijese que le he tomado asco a este pueblo!...

— Pocos encantos tiene, en realidad...

— ¿A usted no le aburre?...

— Sí... ; es decir, a veces...

— ¡Ay, señor O'Rell, qué sintomático es eso de que los dos coincidamos en detestar las mismas cosas!... Ya sospechaba yo que su alma y la mía eran gemelas...

El policía que, siempre en acecho, oyó las últimas palabras, exclamó indignado, aunque *sotto voce* :

— ¡Oh, y que este hombre sea un educador el más encumbrado maestro!...

III

— ¿Sabes — dijo una mañana, con cierta alarma doña Cordelia a su sobrina — que he revuelto toda la casa buscando la colcha de nuestros antepasados y no he podido dar con ella?... ¿Se la habrá llevado tu marido?...

— No te inquietes. Esta tarde llega Mark, y él dirá si lo sabe dónde está.

En efecto, Mark regresó de la capital, después de algunos días de ausencia — para él deliciosos ; — pero al preguntarle por la colcha, no supo, de momento, qué responder.

— ¡Calle! Sí... ahora recuerdo — dijo de pronto : — me la llevé para que la viera

mi familia... y se la hube de prestar a Bill Corliss, un día de frío intenso... para que la pusiera en el radiador de su auto...

— ¡Prestaste esa colcha bajo la cual murieron diez Redman... la colcha que ha de cubrir mi cadáver!...

— Bien ; no se ponga usted así, que no se ha perdido esa preciosa joya... Iré por ella a Nueva York mañana mismo...

La tía guiñó el ojo a la sobrina.

— ¿Eh?... ¿no dije? — murmuró. — Así empezó tu tío Federico su carrera de engaños, agarrándose a toda clase de pretextos para ir solo a la capital.

Y como Marjorie recomendase a su marido : — « Por lo que más quieras, restituye la colcha ». Mark, que vió con aquel motivo el cielo abierto, aseguró :

— ¡Nunca se dirá que impedí a tía Cordelia morir debajo de tan histórica prenda!

Y al día siguiente Mark se dirigió a la capital, donde le aguardaban con los brazos abiertos sus amigos, los juerguistas Byron y Bill.

— ¡Por favor, amigo Corliss! — dijo O'Rell, así que cesó el entusiasmo de los camaradas por tan inesperada visita : — dime dónde está esa colcha de mis pecados que tiene el campeonato de cobertor de difuntos... He de regresar con ella a casa.

— ¿Cuándo?

— En seguida.

— ¡Ilusiones!... Que espere tu mujer... Hoy eres nuestro. Además, así es como se amansan...

— Bien, sí; pero quiero la colcha.

— Bueno, hombre; toma la llave de mi casa y esta tarjeta — dijo Bill, escribiendo en el respaldo: « Entréguese al portador la colcha guardada en el armario blanco del segundo piso »... — Recógela tú mismo.

Pero antes de que llegara Mark a casa de Corliss, habían penetrado en el inmueble dos famosos émulos de Caco, « El Anguila » y « El Malo », ambos con abundantes antecedentes penales, que arramblaron no sólo con la histórica colcha, sino con cuantas alhajas hallaron al alcance de sus manos.

* * *

Desalentado, volvió Mark a reunirse con sus amigos. En compañía de éstos hallábase Lerna Lockwood, célebre artista de las « Follies ».

Sin que O'Rell pudiera informar a sus camaradas del fracaso de su gestión, Bill le presentó a la artista, con quien vivía, y de cuya casa regresaba Mark, añadiendo:

— Esta noche nos divertiremos en grande.

— No — hubo de protestar Mark. — Me he de ir en el tren de las diez y media...

— Y sereno! Tú harás lo que nosotros querramos...



En el "Club Paleta" esplendía la belleza soterana de Lerna Lockwood

En tanto, ocurrían cosas bastante singulares en torno a la colcha y Mark. La ex discípula de éste acudía a las «Follies» solicitando de Lerna que la presentara al empresario. Donnay, o sea «El Anguila», marido que fué de la Lockwood, se disponía a deslumbrar a su antigua compañera con sus propias joyas que él había robado...

Pero Donnay tenía una sombra vengativa y silenciosa... la del detective Donovan, quien, viendo salir a «El Anguila» de casa de su esposa de otro tiempo, le dió el alto.

En vano repetía Mark :

— Es preciso que yo encuentre la colcha...

— Bien, hombre ; ya parecerá ; pero lo primero es lo primero... Ésta es la hora de divertirnos...

* * *

Y lo fué.

A media noche la animación era completa en el baile que celebraban en el «Club Paleta» la flor y nata de los bohemios.

A él concurrieron Mark y sus amigos.

Y también Lerna y la nueva artista Irene Laird... la que, al ver a su maestro, exclamó :

— ¡Mira! Ahí está mi héroe... Sin duda me ha venido siguiendo...

— Pero si ese señor, antes, cuando me lo presentaron, dijo que se iba en seguida...

— ¡Bah!... No le conoces bien, allá en



¡Cuánto celebro este encuentro!...

el pueblo, como todos, es un santurrón ; pero aquí...

El detective acudió también al club para poner en conocimiento de Lerna de que había visto salir de su casa a dos ladrones, llevando una colcha... y que cuando quiso detenerles, se le echaron encima...

Mark se aproximó a las dos artistas :

— ¡Cómo! ¡Usted aquí! — dijo, tendiendo la mano a su ex discípula...

— Pues ya lo ve usted.

— ¡Cuánto celebro este encuentro!

— ¡De veras?... Yo no tenía a usted por

juerguista... Pero vaya, como *allá* se aburre uno tanto... se desquita aquí en una noche...

— Creo que se equivoca usted...

— Bien, Mark. Le tenía por más juicioso...

— Pero, ¿qué es eso?... ¿Merezco estos reproches?... ¿Has olvidado los besos aquellos?...

— Entonces creía en usted... Ahora ya le conozco...

Al día siguiente aparecían en un periódico estas dos noticias:

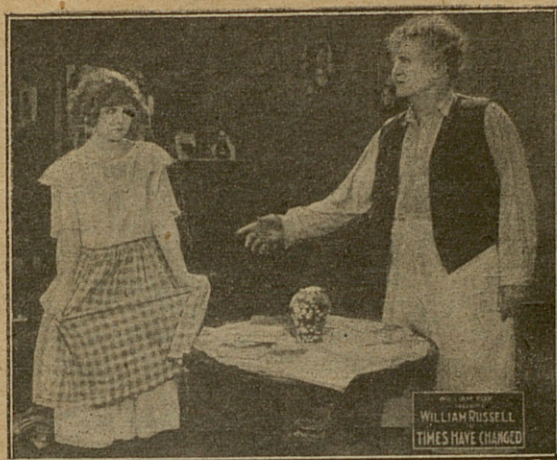
«La familia de la señora O'Rell, desde algún tiempo sospechaba de su marido, teniendo por un calavera empedernido... Parece ser que estas sospechas se han confirmado.»

«El director de la escuela de Wynwood se fuga con una lindísima discípula. — Rumores de linchamiento han postrado en cama a su mujer. — La fuga de Mark O'Rell con la hermosa educanda, de diez y ocho años, Irene Laird, ha dado lugar a imprevisitas complicaciones...»

En otro rotativo se confirmaba la noticia:

«Mark O'Rell se fuga con una bella muchacha de su escuela. — La hermosa Irene Laird, de diez y ocho años, realiza una escapatoria sensacional. — Los ojos de águila de nuestro alguacil descubren al maestro y a su discípula en el mismo tren...»

— ¡Así se escribe la historia! — exclamó



Consternada, pedía consejo a su tío...

furioso Mark O'Rell cuando leyó, asombrado, aquellos *canards*.

IV

El escándalo producido en Wynwood era de los que forman época.

Consternada, Marjorie pedía consejo a su tío...

— Es una ventaja — expresó Hinton — que no haya hijos sobre quienes recaiga esta deshonra...

Y Mark, mesándose los cabellos, barbotaba encorajinado :

— ¿Pero es posible que alguien dé crédito a estos embustes?...

El hubiera regresado inmediatamente al lado de su esposa ; mas, ¿cómo hacerlo, no llevando la histórica colcha cuyo paradero se ignoraba?...

— ¿Quieres un consejo? — le dijo su amigo Bill. — Ven conmigo a Oceanmere.

— Al infierno iría yo si supiese que allí podía encontrar la colcha famosísima...

— Sospecho que allí la recuperaremos...

Y hacia Oceanmere se dirigieron los dos amigos.

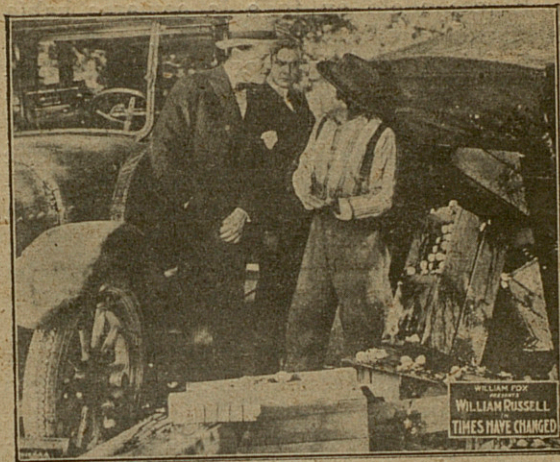
Pero daba la maldita casualidad que, como si obedeciese a tácito acuerdo, a dicha población se encaminaron también el empresario de las « Follies » e Irene Laird, para firmar el contrato, previas consultas con un socio imaginario.

Y allí también iban a ocultarse los que habían desvalijado la casa de la artista Lerna.

Pero éstos eligieron un « auto » de los que devoran kilómetros...

— ¿Te has fijado? — observó Mark. — Unos detectives nos vienen siguiendo.

— ¿Sí?... Pues tendrán que abandonar la empresa, porque aunque no sea más que para dejarlos burlados, soy capaz de subir



Pero éstos eligieron un auto de los que devoran kilómetros

y bajar montañas, de atravesar pueblos y aldeas, de precipitarme en un abismo...

Hay que hacer constar que Mark, antes de trasladarse a Oceanmere, había encargado a Byron que telefonease a Wynwood, comunicando a Marjorie que su esposo se dirigía con Bill al expresado punto, en busca de la colcha bajo la cual quería morir la señora doña Condelia.

Y Marjorie, haciéndose acompañar por su tío y por el policía del lugar, emprendieron la marcha hacia Oceanmere.

El escándalo en toda la comarca había alcanzado proporciones fabulosas.

Policías y detectives particulares se habían propuesto aclarar lo que hubiese en todo aquello de misterioso.

Y mientras Mark y Bill no sabían a qué recursos apelar para librarse de la persecución de que eran objeto, la conturbada esposa iba pensando :

— ¡Ahora comprendo lo que pasó mi tía con el tío Federico! ¡Y aun dicen que los tiempos cambian!...

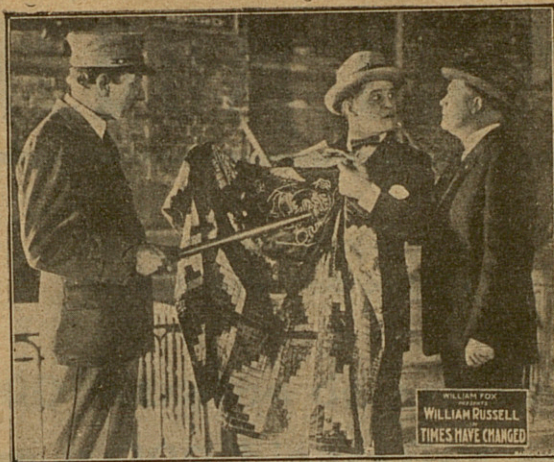
— ¡Fuerza el motor! — gritó Mark a su amigo. — Que se nos echan encima otros perseguidores...

— ¡Nada, que la han tomado con nosotros!... Pero ¡inútil todo! Al volver el próximo recodo estaremos en Oceanmere. Si podemos mantener esta ventaja que les llevamos, no nos alcanzarán...

Y en efecto, no les alcanzaron durante el recorrido ; pero sí en la población, quedándose Mark atónito al ver apearse de un auto a su enamorada esposa.

* * *

Se reconciliaron ¡cómo no! los dos esposos, prometiendo Mark no volver a dar motivo para que se sospechara de su conducta, aunque le tentaran todos los demonios del infierno, fuesen amigos o discípulas como la



*No estaría de más que cuando necesite usted un
cobertor me lo pidiese a mí*

locuela Irene, a quien su tío obligó a lavar platos.

— ¡Pero tía Cordelia está esperando morir debajo de la colcha!... — dijo Marjonie.

— ¡No me hables más de la colcha! ¡Que se muera, si quiere, debajo de una sábana!...

Mark y su amante esposa ignoraban que el detective Donovan había recuperado la tan estimada prenda. ¡Ellos creían que, como cambiaban los tiempos, también las colchas cambiaban!

Y de nuevo el matrimonio fué dichoso en la paz de Wynwood.

ÁLBUM FILM

Se ha puesto a la venta este
elegante tomo que contiene

200 retratos de artistas
— y 200 biografías —

Resulta un libro de gran
interés para los aficionados
al cinematógrafo

Preciosas cubiertas en tricromía

PRECIO : 3 PTAS.

BILBIOTECA ENCANTO

TOMOS PUBLICADOS

- 1 YO SOY COMO LA MANZANA
por Clovis Eimeric
- 2 AMOR QUE NO MUERE
Traducción por Ricardo Prieto
- 3 ¿ DÓNDE HALLAR UN NOVIO ?
por Clovis Eimeric
- 4 LA VENGANZA DEL AMOR
por Antonio Guardiola
- 5 EL HEROICO DON JUAN
por Clovis Eimeric
- 6 CORAZÓN DORMIDO
por Ricardo Prieto
- 7 ZAPATO QUE YO ME QUITO...
por Clovis Eimeric
- 8 AGUA MANSA
por Ricardo Prieto
- 9 LA NOVIA DEL ASESINO
por Clovis Eimeric
- 10 CORAZONES UNIDOS
por Pedro Nimio

PRECIO: 60 CÉNTIMOS